

Desamparadas de los españoles,
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,
De quien agora resta que tractemos,
Fueron pacificadas con castigo,
Segun declararemos adelante
Ayudándome de las relaciones
Y cartas de Hierónimo de Torres,
Que es ocular testigo, y hoy vecino
De la nombrada villa de Antioquia,
Antiguo peregrino destas partes,
Y cuyo marte fué contra tiranos
En muchas ocasiones señalado
Después quel licenciado de la Gasca
Plantó pendon real contra Pizarro,
Y de quien tengo cierta confianza
Que todo lo que dice va tejido
Con hilos de verdad irrefragables,
El cual demás del crédito que tiene
De bien compuesto, con ingenio claro,
Segun que sus papeles manifiestan,
Esta relacion hizo por mi ruego (1)
Pidiéndoselo yo con gran instancia;
Del cual á tiempo, si me lo concede
La fatal parca, tractaremos largo,
Pues este no lo es por ir asido
A las proezas de Gaspar de Rodas,
Que piden ser cantadas con elogio
Que no sufre paréntesis prolijo;
Y así, pues rematamos el discurso
Con términos incautos del Valdivia,
Primer gobernador destas provincias,
Conviene que tractemos del segundo
Que con moderacion y con templanza
Abatió la soberbia destas gentes,
Reduciéndolas al real dominio.

ELOGIO

de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.

CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas
Con número crecido de cabezas,
De las cuales algunas estirpadas
Con violencia de tajante golpe
Otras le renacian con aumento:
Enigma por el cual se nos declara
Que una desgracia muchas acarrea
Si con fuego de viva diligencia
Algun hercúleo brazo no refrena
El origen y fuente de do nace
Aquel profluvio, cuyas dependencias
Son mas irremediables muchas veces
Que sus principios y ocasion primera.
Destos inconvenientes perniciosos
Se vian ya cercanos los vecinos
Y gente forastera de la villa,
Si por alguna via les faltara
Presta solicitud y providencia;
Porque como los bárbaros nutaves
Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

Esta relacion hizo por mandado
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)
Del doctor Barros, digno presidente
De la real audiencia, que reside
En la ciudad de Quito por agora,
Porque su rectitud, valor y ciencia
A mas altos honores lo convidan.
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas donde se trataba de Drake.

Desarraigándolos de sus provincias
Con muertes afrentosas y otros daños,
Los de nacion catia conociendo
De si no ser de menos valentia
Ni menores ardidés en la guerra,
Por no perder aquellas ocasiones
Negaron vasallaje y obediencia,
De suerte que ningunos acudian
A los acostumbrados ministerios.
Los nuestros, que tractaban del remedio,
Considerando cuánto convenia
En esta turbacion tener caudillo
Autorizado por real consejo
Que los asegurase y reduciese
A la paz, quietud y servidumbre,
Y castigase los atrevimientos,
Desacatos y muertes de cristianos,
Despacharon á la real audiencia
Del Nuevo Reino, donde presidia
El licenciado Francisco Brieno,
Con otros dos oidores, uno dellos
Antonio de Cetina, licenciado,
El otro Atuncibay, y fiscal della
El licenciado Alonso de la Torre;
Mas entre tanto que esto les venia,
Despachó la justicia y regimiento
Con toda brevedad á Juan Melendez
De Valdés con alguna gente diestra
En seguimiento de los alterados,
El cual con su valor y buena maña
Les hizo que mudasen pensamientos,
Asegurándolos de tal manera
Que dejaron las armas, y quietos
Volvieron al antiguo vasallaje.

Mas en esta sazón y coyuntura
Un alboroto sucedió notable,
Que por haber testigos hoy presentes
Que vocalmente me lo representan,
Al menos Juan de Vargas, escribano,
Que entonces se halló con otros muchos
En ir á deshacer aquel engaño,
Persona de quien puedo confiarme,
Demás de cierta relacion que tengo
Firmada de varon no menos grave,
Me pareció ponello por escrito
Por decir algo de las invenciones,
Tramas y embustes quel diablo tiene
Para cazar las almas miserables
Desta gentilidad prompta y atenta
A recibir cualquiera desvario.

En el valle de Penco, comarcano
Y á la villa de Santafé subyector,
Cierto demonio, que por nombre Sobce
Era nombrado, se mostró patente
A todos quantos vello deseaban,
Vestido segun indio de la tierra,
Todo de negro y el cabello largo,
Una manta revuelta sobrel hombro,
Y era, segun se vido claramente,
Familiar de cierta pitonisa,
Encantadora vieja que tenia
Una hijuela de hasta diez años,
Hermosa, segun dicen, por extremo,
Y esta hija del sol decian que era
La falsa hechicera y el demonio.
El cual cuando hablaba con los indios
Encima se sentaba de la vieja,
A quien el Sobce le llamaba madre.
Estaban pues los bárbaros atentos
A todas las palabras que hablaba,
Y dicen que le vian bien el rostro
Los indios infieles, mas los otros
Que estaban bautizados no podian
Velle la cara por ninguna via,
Ni aun era menester que se la viesén,
Pues no podia ser sino tiznada.
O por mejor decir fiera y horrible.
Haciales ver cosas monstruosas
Como buen jugador de pasa pasa,
Y tantas apariencias de milagros,
Que les hizo creer ser el inmenso
Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenian
Antes que conociesen á cristianos
Eran buenas y tales, que con ellas
Habian de servirle si querian
Gozar de su favor en todo tiempo,
Porque las que tenian españoles
En gran manera las aborrecia;
Y así queria luego confundillos
Con un diluvio donde pereciesen,
Sin dejar dellos ánima viviente,
Porque quedasen ellos en sus tierras
Libres de subyeyccion tan miserable,
Lo cual haria dentro de seis dias.
Por tanto que llamasen sus parientes,
Así los que servian á cristianos,
Ladinos que con ellos residian,
Como los que vivian estramuros
Y les reconocian vasallaje,
Si no querian ver el fin acerbo
Que á solos españoles ordenaba.
Señaló tres lugares donde todos
Habian de juntarse, cumbres altas,
Páramos solitarios y desiertos
De grandes precipicios rodeados,
Por donde se colige que queria
Mediante sus astucias despenarlos
Antes de recibir el agua santa,
Puerta de los divinos sacramentos,
Y de ser instruidos y enseñados
En la verdad católica cristiana.
Allí mandó llevar de todas suertes
Semillas y raíces y otras cosas
De que este barbarismo se mantiene,
Porque pasadas las inundaciones
Volviessen á hacer sus sementeras.

Y para publicar esta novela
Salieron por mandado del demonio
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,
Los cuales fueron por la tierra toda
Aquestos desvarios predicando,
Cuyas palabras fueron admitidas
No menos que si fueran pronunciadas
Con aquel celo del profeta Jonas,
En tal manera que de los ladinos
Que estaban en la villa de Antioquia,
El año de setenta y seis, á doce
Del mes de marzo, no se halló indio
Ni india que del pueblo no huyese
A las alturas yermas donde Sobce
Les habia mandado que subiesen;
Lo cual visto por nuestros españoles,
La mañana que los echaron menos,
Desta gran novedad inadvertidos
Y con sospecha de levantamiento,
Siguiéron el alcance por el rastro
Hasta tanto que ya dieron en ellos,
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,
Los unos y los otros lamentando;
Y preguntándoles por qué hūian
Y cuál era la causa de su lloro,
Les respondieron: « Pobres de vosotros,
Cuán ayunos estais del mal futuro
Y de la muerte que tenéis cercana,
Pues antes de tres dias á lo largo
Ninguno de vosotros terná vida,
En aguas inundantes ahogados!»
Al fin les declararon el misterio
Dol horrible diluvio que esperaban,
Contra los españoles destinado,
Que celebraron ellos con gran risa;
Y aunque por muchas vias procuraban
Ponellos en razon y desengaño,
Me dice Juan de Vargas que tenian
Aquella vanidad tan arraigada
En sus entendimientos torpes, como
Si vieran los efectos ya presentes,
Y así cuasi forzados los mas dellos
Volvieron á la villa temerosos.

Llegaron pues los falsos hechiceros
Aquestas invenciones pregonando
Al valle de Ibijico, donde estaba
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije
Serle no sin indicios imputado
Acercá de la muerte de Valdivia;
El cual, por la destreza que tenia
En aquel idioma de los indios,
Era de todos ellos estimado
Y en opinion de mozo que tractaba
Verdad en cuantas cosas les decia.
Llegó la novedad á sus oidos
Por el alborotado movimiento
De gentes en el valle congregadas,
Oyendo los inuenos adivinos
Que denunciaban el horrendo caso;
Y como se le diese larga cuenta
De lo que por los viejos se decia,
Riéndose Baptista dijo luego:
« Llamámelos acá, que quiero vellos,
Y cuando no quisieren buenamente
Vengan á su pesar por los cabellos;
Hareles entender que Sobce miente
Y que ni mas ni menos mienten ellos,
Sembradores de sordida simiente,
Segun y como quien los ha movido,
Infame, sucio, vil y fementido.»
En efecto, pusieronle delante
A los tres como tontos y asombrados,
Con meneos y gestos espantables,
Que parecian infernales bultos
Y que lanzaban fuego por los ojos;
Y el Baptista, después de encomendarse
Al sumo Hacedor devotamente,
Una cruz en las manos, así dijo:
« Ministros de maldad, engañadores,
Revestidos de espíritu malino,
¿ Por qué venís á ser predicadores
De tan desvariado desatino,
Ciegos embarbascados en errores
Y ajenos del católico camino?
En llegando la hora de esa ira
Conocereis al claro ser mentira.
» El que tenéis por dios es un tirano
Bajo, suéz, de condicion horrenda;
Y si quien lo crió no le da mano
Seguros estareis que no os ofenda:
El verdadero Dios y soberano
Quiere que por aquí su fe se estienda,
Y á los que lo creemos y adoramos
Nos ha de conservar adonde estamos.
» Y las cantelas frívolas y engaños
Que en vuestros corazones Sobce planta,
No serán parte por eternos años
Para desarraigar la gente santa:
Vernán sobre vosotros esos daños
Si no creis lo que nuestra fe canta;
Pero si lo creyeres con bautismo,
Escapareis del infernal abismo.»
Estas y muchas otras cosas dijo,
Particularizándole misterios
Tocantes á la fe de los cristianos,
Porque tenia buen entendimiento:
Los indios defendiendo sus errores,
Sobre los cuales hubo gran disputa
Que yo por abreviar no la refiero;
Pero con tanta fuerza y enerjia
Este mozo Baptista les hablaba,
Que de los tres los dos de menos años
Quedaron convencidos y creyeron,
Y el mas viejo en edad y mas protervo
Desesperábase viendo la vuelta
Que hizo dar á los coadyutores,
Haciendo varios gestos y visajes,
Y estaba ya tan ronco de dar voces,
Que no se percebian sus palabras,
Pero después en algo reportado
Habló con el Baptista desta suerte:
« Pues dices que tu Dios es verdadero,
En nombre suyo quiero que delante
Desta gente ignorante, vidriosa,
Hagas alguna cosa tal que crea
Que milagrosa sea, pues yo fio
En el nombre del mio, que desdeñas,
Mover las grandes peñas deste suelo,

Y dejen, dando vuelo, su cimientó
Bailando por el viento con zumbido;
Y así será creído quien hiciere
Aquello que dijere: ya yo salgo;
Di tú que harás algo, Juan Baptista,
Porque desta conquista claro quede
Quién es el que mas puede destes dioses.»

Juan Baptista le dijo: «Mira, perro,
La santa fe que tengo me declara
Cómo tentar a Dios es grave yerro;
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara,
Con esta fe podré mudar el cerro
Alto que ves enfrente de tu cara,
Pero delante mí, ten entendido
Que no podrás hacer lo prometido.»

El indio hechicero, confiado
De que su Sobce no haría falta
En cualquiera señal que le pidiese,
El cuerpo se lavó primeramente,
Y luego hizo sus ofrecimientos
De mantas y de oro y otras cosas,
Y sahó las ponderosas piedras
Que quiso que volasen por el aire,
Dándole de varazos, invocando
Con gritos y alaridos al demonio,
Con gran solicitud y diligencia
Como si fueran mulos ó caballos;
Mas ellas no por eso se movían
Ni quisieron cumplir su mandamiento,
Reiterando por diversas veces;
De que toda la bárbara caterva,
Presente para ver la maravilla,
Hacia burla del escarneciendo,
Reconociendo ya su desvario,
No sin contento y alegría grande
De ver que lo que dijo Juan Baptista
Cerca de no movellas salió cierto.

El cual con la victoria que pretende,
Por mas los agradar está diciendo:
«Da grandes voces, porque no te entiendo,
Que debe reposar y estar durmiendo;
Conoce las mentiras que te vende
Ese falso, traidor, sucio y horrendo;
Mira cuál es y á quién haces regalo,
Pues siempre huye deste santo palo,
» Por ser similitud de la cruz santa
Vencedora del infernal alarde,
Bandera que do quiera que se planta
No para con estremos de cobarde,
Y siempre que la ve della se espanta,
Dando la vuelta sin que mas aguarde,
Porque la cruz le dió golpe terrible,
Y tal que sanar del es imposible.

» Y como perro que padeció llaga,
Que si la mano de quien fué herido
Hace meneos y otra vez amaga,
Vuelve huyendo de temor vencido,
Así viendo la cruz, aguda daga
Con que fué lastimado y abatido,
El mal aventurado por no vella
A grande priesa va huyendo della.
» Aquesta hace pues que se detenga,
De cristianos certísimo trofeo,
Y aunque le hagas oracion mas luenga
Con tu solicitud y devaneo,
Esta señal le hace que no venga
A dar satisfaccion á tu deseo:
Por tanto haz lo que estos dos han hecho,
Que tomaron camino mas derecho.»

Con estas y otras muchas mas razones
Procuraba Baptista convertillo,
Pero ninguna dellas lo movía
De sus propósitos endurecidos,
Antes como corrido y afrontado
Con pasos presurosos se fué solo
Por unas sierras altas murmurando;
Y la caterva bárbara tractaba
Al Baptista con grande reverencia,
Teniendo por razones infalibles
Las que después y antes les decia.
Y estando descuidados otro día,
Término señalado por el Sobce

Para la tempestad que nunca vino,
Antes día sereno, claro, puro
Y manifestador de su mentira,
El viejo hechicero fué delante
De muchos destes indios, y al Baptista
Llamándolo primero con voz alta
Le dijo las palabras que se siguen:

«Para te convencer en tu porfia,
Sobce te desafia, ven conmigo,
Y ternás con quien digo la disputa
En el peñol de Nuta do te espera;
No temas la ladera por ser alta,
Que yo no haré falta en ayudarte
Porque de cada parte sus razones,
Y de las opiniones diferentes

Tomen aquestas gentes la mas cierta.»
Baptista respondió: «Viejo demente,
De condicion que nada se mejora,
Ya ves aqueste sol resplandeciente,
La claridad alegre del aurora:
Baste para saber que Sobce miente
Habérsele pasado ya la hora
Del gran diluvio, con que por sus manos
Había de ahogar á los cristianos.

» En eso que me dices como tiene
Gana de disputar con Juan Baptista
Para que con razones me refrene
Y él quede vencedor en la conquista,
Ninguna cosa menos me conviene
Que ver tan mala y espantable vista,
Ni poner en disputa mi partido
Con un bellaco falso, fementido.

» Pues ha mil siglos que por su pecado
El verdadero Dios que nos gobierna
Triunfó del, quedando condenado
A tormentos de damnacion eterna,
Y de los altos cielos desterrado
A cárcel de luctifera caverna,
Y sé que ha de huir, como yo vaya,
Del peñol que tomó por atalaya.

» Mas para que conozcas que yo digo
La verdad que no tienes entendida,
Escusarme no quiero de ir contigo,
Aunque dura tres leguas la subida;
La santa cruz de Cristo va conmigo,
Donde mi Dios murió por darne vida:
Con ella volveré yo triunfante;
Anda, maldito viejo, ve delante.»

Procuraron los indios deste valle
Estorbar el camino peligroso
Debajo del amor que le tenían,
Pero nunca pudieron detenerlo,
Y en efecto se fué tras el mal viejo,
Yendo de sus amigos principales
Mas de trescientos en su seguimiento,
Así para guardalle las espaldas,
Como para mirar en qué paraba
El singular certamen á que iban,
Al cual como salieron sobre tarde,
Y era camino largo, salebroso,
Aspérrima subida por estremo,
Llegaron á la cumbre con obscuro,
Y el indio hizo sus invocaciones,
Visajes, gestos, saltos y bramuras,
Por atemorizar á su contrario
O por tener demonio revestido;
Pero Baptista con la cruz delante
Los símbolos decia con voz alta,
No sin erizamiento de cabellos;
Y en esto se pasó toda la noche
Sin ver cosa que diese pesadumbre,
Salvo las voces y el horrendo gesto
Del hechicero, y el haber estado
En pié toda la noche y al sereno.
Y cuando ya venia descubriendo
Apolo por las puertas del oriente
Sus dorados cabellos desviando
Las obscuras tinieblas con su lumbre,
El Baptista llamó los compañeros
Que se quedaron algo mas abajo
Sin subir al pináculo mas alto,
Y dijoles: «Carisimos amigos,

Tened siempre memoria de lo visto,
Pues que todos vosotros sois testigos
Cómo para venir me halló listo,
Sin traer contra tales enemigos
Mas armas que la cruz de Jesucristo,
Porque con ella yo sé que se vence
Cualquier demonio que se desvergüence.

» Y pues los mas estáis catequizados
En los preceptos del camino santo,
Si creyeredes y fuerdes bautizados
También hareis vosotros otro tanto:
No os dejéis engañar destes malvados,
Ni os pongan sus cautelas en espanto;
Huid de sus consejos y razones,
Porque todas son falsas invenciones.

» Dejemos al mal viejo y obstinado
Que huye de creer verdades rasas,
El cual debe de estar precipitado
En la prision de las eternas brasas;
Y pues su Sobce huye y ha faltado,
Vamos á descansar á nuestras casas,
Do si volviere con tan mal motivo,
Tenemos luego de quemallo vivo.»

Con esto se bajaron victoriosos
Y muy regocijados y contentos
Al valle do tenían sus albergues
Y donde por consejo del Baptista
Se baptizó gran número de gente;
Y los de Santafé prendieron luego
La vieja pitonisa con la hija,
Muchacha que dijimos ser hermosa,
La cual se baptizó, pero la vieja
A destierro perpetuo condenada.
Y así se deshicieron los nublados,
Quedando los ladinos y chontales
Con aviso de nunca dar oídos
Jamás á semejantes devaneos,
Y en aborrecimiento del demonio;
De cuyas desvergüenzas bien pudiera
Tractar aquí mil cosas sucedidas
En otras partes do visiblemente
Y en figura de indio se mostraba,
Hasta serville de caballerizo
Y después de cabrero hartos años
A cierto capitán bien conocido,
Sin saber él quién era; pero cuando
Tractemos de las cosas deste reino,
Si Dios me diere vida para ello,
Alargaréme mas, pues de presente
Por volver á la guerra comenzada,
De donde nos salimos esperando
Reales provisiones del audiencia
Y comision para Gaspar de Rodas,
No puedo detenerme, y así quiero
Volver á la conquista de nutaves,
Que se celebrará con canto nuevo.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Quando las cosas arduas se cometen
A varones prudentes y sagaces
Que no guían a poco mas ó menos
Negocios importantes cometidos
A su dispusicion y buen discurso,
Responden los efectos y remates
Las mas veces á lo que se desea
Por los que los escogen y señalan;
Lo cual considerando los oidores
De la real audiencia deste reino,
Que fueron los que quedan declarados,
Hicieron eleccion y con acuerdo
Mas lleno de razon que de favores,
Que suelen defraudar merecimientos,
Salió nombrado para tal empresa
El diestro capitán Gaspar de Rodas,
Atlante fuerte sobre cuyos hombros
El peso se sostuvo de aquel suelo.

Y así le despacharon provisiones
Para poblar y castigar caciques
Culpados en la muerte de Valdivia
Y de los españoles que debajo
De falsa paz habian sido muertos;
Las cuales recebidas, se dispuso
Al cumplimiento del real mandado,
Y á costa de sus bienes llamó gentes,
Que por llevar caudillo tan insigne
No rehusaron ir á la jornada,
Demás de los soldados que salieron
De la rota pasada mal parados,
Porque los mas volvieron deseosos
De recibir el premio que se debe
A los honrosos hechos y trabajos.
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,
Luis Céspedes de Vargas y su hermano,
Que es Alonso de Vargas, naturales
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,
Estéban de Ribera de Albuquerque,
Juan de Alvarado Salazar, Fernando
De Orango, esturiano, Pero Sanchez
De Oviedo, natural de Estremadura,
Manúel Ruviales, y con ellos
El Juan Ruiz de Atienza, sacerdote,
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,
Pablo Fernandez de Eras, y Molano
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo
Fernandez, el mulato, deste reino,
Todos valerosísimos soldados,
Que con los congregados nuevamente
En número llegaron á setenta:
Con los cuales entró Gaspar de Rodas
Tan confiado de allanar la tierra,
Como si le siguieran setecientos,
Y caminó con pródigo concierto
Hasta llegar al sitio y al asiento
Del fuerte do mataron al Valdivia,
Do son mas numerosas poblaciones.

Allí se refirieron por el orden
Que mas les convenia, convocando
De paz á los caciques comarcanos,
Los cuales acudieron con preseas
De oro y otras cosas con que suelen
Granjear amistad con españoles:
Que no fué con buen pecho, segun dicen,
Sino con intencion de descuidallos,
Para les sacudir viendo la suya;
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso
Tomar oro ni cosa por entonces,
Haciéndoles creer que su venida
Era por granjear sus amistades,
Y no para tomalles sus haciendas.

Aquella tarde pues que se contaron
Ocho dias del mes que del dios Fébruo
Heredó nombre por las ilustraciones
Que la gentilidad acostumbraba,
Año de quince cientos y setenta
Y siete del divino Nacimiento,
Gaspar de Rodas convocó su gente,
Y con quanto secreto fué posible
A todos les habló desta manera:

«Señores, ya sabeis á lo que vengo,
Y veis que los que desta gente dura
Hemos de castigar, aquí los tengo,
Y que dejallos ir será locura;
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,
De tan acomodada coyuntura,
Prendiendo los caciques señalados
Para proceder contra los culpados.
» Y para defender nuestros partidos,
Si por ventura veis armas opuestas,
Los caballos estén apercebidos,
Y tenga cada cual las suyas prestas,
De tal manera, que los atrevidos
Lleven las puniciones á sus cuestras;
Y luego sin guardalles mas respecto
Quiero que lo pongamos en efecto.
Aun no bien acabó de decir esto,
Quando con la presteza que cumplía,
Disimuladamente se pusieron

A punto con sus armas y caballos,
Y el general llegó con los peones
Acia la parte de la turbamulta,
Y de los principales conocidos
Veinte y cuatro pusieron en colleras.
Alborotaronse los indios todos,
Y comenzaron a desenvolverse;
Pero Gaspar de Rodas con la lengua
Con tales amenazas los asombra,
Que pudo deshacer sus movimientos
Diciéndoles: «No meneéis los brazos,
Porque si dais algunas ocasiones
A todos os haremos mil pedazos.
» Estos solos ponemos en prisiones
Porque Filipo magno, rey potente,
Así lo manda por sus provisiones.
» Cualquier rey ó señor le es obediente;
Y si queréis tener vida quieta,
Habeis de servir por consiguiente.
» Seguro vive quien se le subyeta;
Pero también castiga los excesos
De los que con él juegan falsa treta.
» Aquí venimos á hacer procesos
Contra los que debajo de paz blanda
A su gobernador fueron aviesos.
» Mas en vuestros delitos también manda
Que no castigue rigurosamente
Aunque la maldad fué mas que nefanda.
» Veremos quién ha sido delincuente;
Y hechas bien las averiguaciones,
Conoceréis en mi padre clemente.
» Porque yo no me muevo por pasiones,
Antes me guía piadoso celo,
Como vereis por las ejecuciones.
» Y á cuantos hoy vivis en este suelo
He de favorecer y ser amigo,
Como no deis la paz con falso velo.
» En mi hallareis todos gran abrigo:
Por tanto la quietud os encomiendo
Y que creáis ser cierto lo que digo.»
Con esto se pusieron en sosiego,
Y con ver que de tanta muchedumbre
De bárbaros culpados, solamente
Prendieron las cabezas y caudillos,
A quien por substanciar mejor la causa
Les dieron defensor juramentado
Con la solemnidad que se requiere;
E ya conclusos todos los procesos,
Los seis fueron á muerte condenados
De los caciques presos, y los cuatro
A les cortar las manos, de los cuales
El uno fué Guarecama, gentil hombre,
Feroz y de cabal entendimiento.
Y antes de padecer temporal muerte
Aquellos seis señores belicosos
Pidieron el bautismo todos ellos
Con grande devoción, y fuéles dado;
Y cuando los llevaban á la horca
Contritos y con cruces en las manos
Alzaron una voz entristecida
Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:
Nosotros padecemos justamente,
Pero los tahamies nos movieron
Al crimen y delicto cometido,
De nuestros pensamientos y deseos
Entonces muy remoto y apartado.»
Disimulóse por algun respecto
Esta declaracion postrera, pero
Demás de las sospechas atrasadas,
Indicio no pequeño fué que cuando
Vino Gaspar de Rodas al castigo
Trajo dos lenguas indios tahamies,
Llamados Pedro Amato y Aguasici,
En aquella provincia principales.
Y oyendo la razon de los pacientes
Volvieron las espaldas madrugando
Sin saludar los huéspedes del rancho,
Parece ser que por no ver visiones.
Al fin ejecutada la sentencia
Y todos los demás dados por libres,
Gaspar de Rodas recorrió la tierra,
Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales
Que por aquel compás tenían casas,
Y cerca del asiento do fué muerto
El Andrés de Valdivia fundó pueblo,
A quien ciudad de Cáceres dió nombre;
Nombró treinta vecinos, hombres nobles,
Entre los cuales repartió la tierra,
Cinco mil indios, pocos mas ó menos,
En aquella comarca moradores;
Y dello dió razon á los jüeces
De la real audiencia del suceso,
Yendo por mensajero don Antonio
Osorio de la Paz con los recados.
Mas como no pudiese dar contento
A todos los soldados de un voleo,
Quedándose sin suerte muchos dellos,
Principalmente de los de Valdivia,
Con pena del agravio recibido
Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro,
Y caminaron tras el don Antonio
A procurar remedio por justicia:
Oyéronse sus causas y razones,
Y los odores alteraron luego
Aquel apuntamiento que enviaba;
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,
A defender las suyas por presencia
De su persona propia se dispuso;
Y así, dando razones concluyentes,
Se confirmó de nuevo lo que hizo,
Siéndole favorable para ello
El licenciado Juan Rodriguez Mora,
En aquella sazón recién venido
Por oidor de la chancillería,
Cuya sagacidad encaminaba
A su disposición los compañeros,
Por ser ya muerto Francisco Briceno
Incorrupto juez, claro y entero,
Dignísimo del cargo que tenía,
Cuyos principios bien manifestaban
Habernos dado Dios felice suerte
Después de la del buen doctor Venero,
Ejemplo de virtud y santo celo;
Pero la parca dura y envidiosa
Quitónoslo delante brevemente,
Pues no gozó seis meses de la silla.
Y así desde su muerte hasta agora
Nunca faltaron grandes pesadumbres
Entre jüeces y secuaces suyos,
Con tantas invenciones y cautelas
Y falsos testimonios cuantos suelen
Investigar inicuos y olvidados
De Dios, por dar valor á la mentira;
Y es lástima que los del Nuevo Reino,
Gente llana, fiel, modesta, clara,
Leal, humilde, sana y obediente,
En opinion esté de revoltosa
Con los señores del real consejo.
No mirando que son los movedores
De las revueltas, tramas y bullicios,
Los jüeces que vienen á regirnos,
En cuya consecuencia me parece
Que viene bien aquí, *delirant reges
Et plectuntur Achivi*, sin que pequen:
Mas aquesta, por ser materia larga,
A tiempo conveniente la remito.
En esta sazón pues que Rodas vino
Estaban rebelados los gualies,
Indios cuyos confines están juntos
Con Mariquita, puerto deste reino,
Muy necesario para sus contractos,
Donde se labran ricas minas de oro
Y de presente plata, cuyas vetas
Dan grandes esperanzas de riqueza;
Y aunque el adelantado, que Dios haya,
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Les quebrantó las fuerzas, y los trajo
Al servicio del rey fundando pueblo,
Ciudad de Santa Agueda nombrado,
Después los indios por ausencia suya
Negaron otra vez el vasallaje,
No sin daño de muchos españoles,
A quien pusieron en extremos tales

Que se metieron todos en un fuerte
Con hijos y mujeres y servicio,
Puestos en riesgo y en trabajo grande
Por la frecuentacion de los combates.
Lo cual sabido por los del audiencia,
A quien tocaba dar socorro presto,
Por ser riesgo notorio la tardanza,
Buscaban capitan cuya prudencia
Diese satisfaccion á su deseo
Y al negocio que dél se confiaba;
Y como se halló Gaspar de Rodas
Presente cuando se tractaba desto,
Teniendo conocido que ninguno
Se podria hallar de mejor maña,
Por ellos al acuerdo fué llamado,
Y le mandaron que se dispusiese
Para hacer al rey este servicio:
El cual como persona circumspecta
Este cargo tomó de buena gana
Y aderezóse para la partida
Con ciento y diez soldados á su gusto.
Con los cuales entró por las provincias
De los briosos indios rebelados,
Y dentro de tres meses no cumplidos
Les hizo dar la paz y hizo llanos,
Poniéndolos en obediencia firme,
En la cual hasta agora permanecen,
Valiéndose de dos fuertes caudillos
De los soldados suyos, que se llaman
Juan Melendez y un Alonso Fernandez
Molano, de quien yo mencion he hecho
En muchas partes deste mi discurso,
Por ser ambos personas señaladas.
Dejando pues la tierra sosegada,
Pacíficos los indios y quietos,
A la real audiencia volvió Rodas
A dar llena razon de lo que hizo,
Y los señores della conociendo
Su valor y servicios señalados,
Le dieron en gobierno las provincias
Que fueron asignadas á Valdivia,
El cual su Majestad confirmó luego
Con otras enuncias y favores
Que suele la real magnificencia
Dar á criados de quien es servido,
Incluyendo tambien en su gobierno
Por causas y razones alegadas
A Santafé, rememorada villa,
Y así quedó distinta y apartada
De lo de Popayan, y en ella tiene
Su principal asiento nuestro Rodas.
El cual como se viese colocado
En generoso cargo y esperanzas
De mas altos honores, por promesa
De lo hacer el rey adelantado
Después que ya poblase tres ciudades
O villas de vecinos españoles,
Convocó gentes de unas y otras partes
Para prosecucion de su conquista,
Y ver la tierra de la cordillera
Que divide los dos rios ya dichos,
Que los gobernadores atrasados
Intentaron hollar y no pudieron;
Pero con menos gente y aparato
El buen Gaspar de Rodas se dispuso
A deshacer aquel encantamiento,
Cuyos sucesos quedan reservados
Para los referir en otro canto.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres,
viendo que Gaspar de Rodas habia salido de la tierra, se atrevieron á
matar algunos españoles, y no acudian á servillos.

En mucho precio debe de tenerse
Aquel á quien natura dió talento
Para guiar negocios importantes,
Pues a la sombra dél los otros hombres
Subyectos á cumplir lo que dispone,
Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por esperiencia,
De su reputacion menoscabados.
Manifestóse bien esta mudanza
Con el ausencia de Gaspar de Rodas
De la ciudad de Cáceres moderna,
Porque los bárbaros, reconociendo
Faltalles el caudillo cuya maña
A sus conceptos era duro freno,
Perdieron la vergüenza y el respecto,
Y así mataron de los españoles
En partes y en lugares descuidados
Un Alonso Gonzalez de Montijo,
Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,
Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres
Demas de mucha gente de servicio,
Con intencion de dar en los restantes,
Para lo cual determinadamente
Se convocaba ya toda la tierra,
Siendo caudillo desta rebeldia
Un Omagá, cacique belicoso,
A quien todos los otros respectaban.
Dieron aviso deste movimiento
Indias nacidas en aquel terreno,
Que servian á nuestros españoles,
Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas
Que recogia gentes y pertrechos
Dentro de Santafé con intenciones
De ver lo que tenia su gobierno;
El cual por acudir á dar remedio,
A gran prisa salió con treinta hombres
Y razonable copia de ganado,
Cuya venida fue regocijada,
Ansi por el socorro tan á punto
Como por el gobierno que traia.
Algun castigo hizo con templanza
En los que le constó ser mas culpados
En las muertes de aquellos españoles;
Mas Omagá, que estaba retraido
Dentro de las montañas con su gente,
No pudo ser habido per entonces.
De cuya causa fué Francisco Alferez,
Hombre mas papelista que guerrero,
Con cuarenta soldados á buscallo;
Y aunque tomó dos meses de demora,
Volvióse con las manos en el seno,
O por mejor decir en la cabeza.
Y el gobernador, viendo cuan inútil
Salió la diligencia y el trabajo,
Determinó que fuese por caudillo
Juan Arias Ruvian, gallego, y este
Volvió con veinte hombres solamente,
Pero de tal valor, que de cualquiera
Pudiera confiarse la jornada.
Salieron por principio de diciembre
El de setenta y nueve cuasi fuera,
Y fueron caminando hasta donde
Hace fin y remate tierra rasa
Y las montañas altas se comienzan,
Adonde reparó para dar orden
A la prosecucion de su viaje;
Mas el astuto barbaro tenia
De su venida relacion entera,
Y para descuidarlos les envia
Mucha gente cargada de regalos
Por continuacion de muchos dias,
En que iban y venian mensajeros
Cuotidianamente, prometiendo
De dar segura paz inviolable,
Trayendo los mensajes su sobrino,
Llamado Teguiri, gentil mancebo,
Bien conocido de la gente nuestra,
Y en opinion tenido de valiente.
Juan Arias Ruvian la paz acepta,
Y al sobrino le dijo que viniese,
Sin que recele pena ni castigo,
Pues si hicierse cierta su promesa
De dar segura paz, se le perdona
Cualquier delicto grave cometido;
Y que señale parte do se vean
Los unos y los otros, porque quiere
Oír aquello de su propia boca.
El Teguiri volvió con el mensaje